

La Comédiathèque

Historias insólitas

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

El texto de esta obra puede descargarse gratuitamente.

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una justa compensación por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, es obligatorio solicitar autorización para representar la obra y abonar los correspondientes derechos de autor por la producción. Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras:

**<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>
<https://comediatheque.net/formulario-de-contacto/>**

Historias insólitas

Comedia de sketches

Jean-Pierre Martinez

El inspector Colombo ante san Pedro...

Dos policías investigando la muerte de Van Gogh...

¿Cómo se llamaba el primer ser humano cuyo nombre ha llegado hasta nosotros?

Una decena de historias divertidas para hacer reír y dar que pensar.

1. Candidato vacunal.....	3
2. Efectos secundarios.....	5
3. Conversación viral.....	8
4. Vuelta a la vida.....	10
5. Mal gusto.....	12
6. Encuentro frustrado.....	14
7. Encuentro supuesto.....	16
8. Confinado de por vida.....	18
9. La vida normal.....	19

Reparto

22 personajes.

Reparto muy flexible, tanto en el número de intérpretes como en el sexo de los personajes: cada intérprete puede representar varios papeles y la mayoría de los personajes pueden ser interpretados indistintamente por hombres o mujeres.

De 2 a 22 intérpretes (hombres o mujeres).

La Comédiathèque

1. El mar

Un hombre está sentado a la mesa de una cafetería. Parece tener al menos cincuenta años y lleva ropa pasada de moda. A sus pies hay una maleta anticuada. Mira fijamente al frente, hacia la sala. Llega una camarera de unos treinta años y limpia otra mesa. Intenta llamar su atención sin atreverse a molestarlo. El hombre no le hace caso. Finalmente, ella se acerca.

Mujer – Perdone, pero... termino mi turno dentro de cinco minutos. Voy a tener que cobrarle.

El hombre por fin repara en ella y vuelve a la realidad.

Hombre – Yo... Ya me voy, claro.

Mujer – ¡No, puede quedarse! Estamos abiertos hasta medianoche. Es solo que... tengo que cerrar caja.

Hombre – Lo entiendo.

Saca del bolsillo un billete y lo deja sobre la mesa. La mujer lo mira con curiosidad.

Mujer – Perdone, pero... hace ya más de veinte años que pasamos al euro, ¿sabe?

El hombre mira el billete y se da cuenta de su error.

Hombre – Lo siento de veras...

Recoge el billete, saca otro y lo deja sobre la mesa.

Mujer – ¿No tiene algo más pequeño...?

Hombre – Es todo lo que llevo encima.

Mujer – No se preocupe, ahora mismo le traigo el cambio.

Hombre – No se moleste... Quédese con todo.

Mujer – Es un billete de cincuenta euros.

Hombre – Ah, sí...

Mujer – Y el café cuesta dos euros.

Él vuelve a mirar fijamente al frente.

Hombre – ¿Cuánto tiempo llevo sentado en esta mesa?

Mujer – Diría que... siete u ocho horas. Fue mi primer cliente cuando empecé el turno a mediodía.

Hombre – Y no me ha dicho nada.

Mujer – ¿Decirle qué?

Hombre – Que pidiera otra consumición, por ejemplo... o que me marchara.

Mujer – Aquí no hacemos eso. Se toma un café y puede quedarse hasta que cerremos, si quiere.

Hombre – Quédese con el cambio, por favor.

Mujer – Bueno... Gracias... Llevo ya unos cuantos años trabajando en esto... Es la propina más grande que me han dado nunca. Y eso que solo ha tomado un café.

Hombre – Me alegro, de verdad.

Mujer – Antes no me he atrevido a molestarle. Parecía tan... ensimismado. ¿Está de vacaciones?

Hombre – ¿Tengo pinta de estar de vacaciones?

Mujer – No sé... Lo decía... por la maleta.

Hombre – Ah, sí... La maleta.

Mujer – ¿Está buscando un hotel?

Hombre – No.

Mujer – Bueno, pues... hasta otra, quizá...

Hombre – Quizá.

Él vuelve a sumirse en su contemplación. Ella se dispone a marcharse, pero cambia de idea.

Mujer – No quisiera ser indiscreta, pero... ¿qué lleva mirando tan fijamente durante ocho horas seguidas? Ni siquiera estoy segura de haberle visto parpadear...

Hombre – Miro el mar.

Mujer – ¿El mar?

Hombre – El mar, justo donde se junta con el horizonte.

Mujer – Ya...

Hombre – ¿Usted nunca mira el mar?

Mujer – No. Bueno... nunca tanto tiempo, desde luego. Nunca así. Y además... no tengo mucho tiempo.

Hombre – Es una pena... Quiero decir... que no tenga tiempo.

Mujer – Aquí veo el mar ocho horas al día, todo el año... A mí me recuerda más bien al trabajo... Los fines de semana intento mirar otra cosa.

Hombre – ¿Y qué mira los fines de semana?

Mujer – No sé... La tele...

Hombre – Claro.

Ella parece un poco incómoda.

Mujer – Bueno, también miro otras cosas aparte de la tele... No necesariamente el mar, pero... yo qué sé... Cuando estoy de vacaciones... la montaña, por ejemplo.

Hombre – Ah, sí... La montaña...

Mujer – Así que lo suyo es el mar.

Hombre – Sí.

Mujer – Y... ¿por qué el mar?

Pausa.

Hombre – Todo viene del mar, ¿no?

Mujer – ¿Todo?

Hombre – Hace millones de años, del mar salieron los primeros vertebrados, algunos de los cuales acabarían convirtiéndose en seres humanos.

Mujer – Ah, sí...

Hombre – Seres humanos que acabarían colonizando toda la tierra firme, hasta llevar al planeta al borde del apocalipsis.

Mujer – Claro...

Hombre – Todo viene del mar. Lo mejor y lo peor.

Mujer – Pues ahora que lo dice, no le falta razón. Antes de sentarse en esta terraza, la mayoría de mis clientes salen del agua. Y le aseguro que ahí también hay de lo mejor y de lo peor.

Hombre – No estoy muy seguro de pertenecer a lo mejor.

Mujer – Por la propina que me ha dejado, créame, he visto cosas peores.

Hombre – Pero no sabe de dónde viene ese dinero.

Mujer – ¿Es importante?

Hombre – Para algunos, sí.

Mujer – Para mí, cincuenta euros son cincuenta euros.

Hombre – ¿De verdad?

Mujer – Sí... eso creo.

Hombre – ¿Y si no hubiera ganado ese dinero honradamente?

Mujer – Su dinero vale tanto como el de cualquiera. Si en los comercios solo aceptaran dinero ganado honradamente, no harían mucha caja...

Hombre – Todo el dinero que tengo ahora lo robé.

Mujer – ¿Lo robó?

Hombre – En un atraco que, por desgracia, salió mal. Murió un hombre. Un policía. Tenía mujer y dos hijos...

Mujer – ¿Lo mató usted?

Hombre – No. Pero da igual. Al menos, para los jueces dio igual.

Mujer – Pagó su deuda con la sociedad, como se suele decir.

Hombre – Entregué treinta años de mi vida por un asesinato que no había cometido. Y me quedé con un dinero que no era mío. Esperaba poder recuperar con él todos esos años perdidos.

Mujer – Hay quienes entregan cuarenta años de su vida para comprarse una jubilación, ¿sabe?

Pausa.

Hombre – Durante todos esos años, nunca vi más allá de las cuatro paredes de mi celda... ¿Cuántos años tiene?

Mujer – Treinta...

Hombre – Me han puesto en libertad esta mañana... He ido a desenterrar el botín que había escondido en un cementerio. Los billetes estaban como nuevos. El dinero no envejece.

Mujer – ¿Y después?

Hombre – He cogido un tren para venir a ver el mar.

Mujer – Ahora entiendo mejor por qué lo miraba así.

Hombre – Como un hombre que lleva años sin ver a una mujer y, cuando por fin vuelve a ver una, solo puede mirarla. Porque ha perdido todo deseo de poseerla.

Mujer – Pero ahora es libre.

Hombre – Con la libertad pasa lo mismo. Cuando uno se ha visto privado de ella durante demasiado tiempo y, de repente, se la devuelven, ya no sabe qué hacer con ella.

Mujer – Ni siquiera se ha bañado.

Hombre – No sé si todavía sé nadar.

Mujer – Lo siento mucho.

Hombre – Créame, dar la vida por una maleta llena de billetes sale demasiado caro. Yo ya no valgo nada, y ese dinero tampoco tiene ningún valor...

Mujer – ¿Quiere decir que... esa maleta está llena de billetes?

Pausa.

Hombre – Miraré al mar de frente hasta que caiga la noche. Hasta que el cielo, en el horizonte, se funda con él.

Mujer – ¿Y después?

Hombre – Todos venimos del mar. Esta noche vuelvo a él.

El hombre se levanta para marcharse. Ella lo ve alejarse, sin saber qué decir para retenerlo. Entonces repara en la maleta.

Mujer – ¡Señor! ¡Se deja la maleta!

Hombre – Se la dejo. Pero recuerde una cosa: el dinero no vale nada cuando lo que uno intenta recuperar es a sí mismo.

Se marcha. Ella mira la maleta, duda y finalmente la abre. Saca un fajo de billetes.

Mujer – Francos...

2. Colombo

San Pedro (o la Virgen María, si es necesario feminizar el papel) dormita en un sillón. Tiene barba blanca, lleva una túnica y una enorme llave colgada del cinturón. Llega el inspector Colombo, con la gabardina arrugada, la corbata torcida y un puro en la mano. Carraspea ligeramente para hacer notar su presencia.

San Pedro – Ah, señor Peter Falk. Precisamente le estaba esperando.

Colombo – Perdone, quizá llegue un poco tarde. Tenía una duda, no sabía si era la puerta correcta. Como hay dos en el rellano...

San Pedro – ¿El rellano? Ah, sí, claro...

Colombo – Esta estaba abierta, así que me he permitido entrar... A lo mejor debería haber llamado...

San Pedro – Tranquilo, está usted en el cielo. La otra puerta es... Bueno, ya se lo imaginará. Era usted inspector de policía, no se le puede ocultar nada, ¿verdad?

Colombo – Bueno, nada, lo que se dice nada... En fin, no ha habido ningún error. Es aquí.

San Pedro – Y tenga por seguro que estamos encantados de recibirlo, señor Falk. Al fin y al cabo... es usted toda una celebridad.

Colombo – ¡No tanto como usted! (*Mirando hacia arriba con respeto.*) Y sobre todo... no tanto como... Además, yo no era más que un personaje de ficción. Como inspector, quiero decir. En la vida real solo era actor.

San Pedro – Naturalmente.

Colombo – Por cierto, hay algo que no acabo de entender... ¿Estoy aquí como actor o como personaje?

San Pedro – No le sigo muy bien...

Colombo – Los héroes de la televisión tampoco son eternos, ¿sabe? Si el guionista decide matarlos en un episodio... Yo mismo, como inspector, me encontré muchas veces en situaciones bastante delicadas. Podrían haberme pegado un tiro o podría haber muerto en un accidente de coche. Sobre todo con el viejo cacharro que conducía. ¿Conoce mi coche?

San Pedro – ¿Adónde quiere ir a parar, inspector?

Colombo – Pues me preguntaba... ¿adónde van los personajes de ficción cuando mueren?

San Pedro – A ninguna parte, supongo. Desde luego, aquí no. Al fin y al cabo, no son personas reales, como usted y yo. Bueno, quiero decir... como usted.

Colombo – Claro... Aunque... a veces me pregunto si, en el fondo, el inspector Colombo no era mucho más real que Peter Falk.

San Pedro – Para la mayoría de los mortales, usted será el inspector Colombo. Por toda la eternidad. Al final, será él quien le proporcione una forma de inmortalidad. En la Tierra, al menos.

Colombo – Pero estamos de acuerdo en que estoy aquí como actor, ¿no? No como inspector de una serie de televisión.

San Pedro – Probablemente un poco como las dos cosas. ¿Cómo separar a uno del otro?

Colombo – Claro... Aunque también hice algunas otras películas.

San Pedro – ¿Ah, sí?

Colombo – ¿Me vio en *El cielo sobre Berlín*?

San Pedro – Voy muy poco al cine...

Colombo – Claro, pero pensé que esa... Como trata de un ángel...

San Pedro – ¿Y usted hacía de ángel?

Colombo – No... En realidad, me interpretaba a mí mismo.

San Pedro – ¿Al inspector Colombo?

Colombo – No exactamente... En realidad, en esa película era Peter Falk. No es tan fácil como parece interpretarse a uno mismo, ¿sabe? Incluso resulta bastante desconcertante.

San Pedro – Le confieso que yo también empiezo a perderme un poco, inspector. Si volviéramos a...

Colombo – Perdona, tengo la mala costumbre de liarlo todo. Eso es lo que me dice siempre mi mujer... Nos peleábamos a menudo, pero en el fondo nos queríamos mucho...

San Pedro – No se preocupe. A ella también le llegará su hora y, si como usted se lo ha merecido...

Colombo – Oh, por eso no me preocupo. Es una mujer maravillosa. Estoy seguro de que, llegado el momento, tendrá su sitio en el cielo. Pero mientras tanto... me da miedo que se aburra, ¿comprende?

San Pedro – Comprendo... Por desgracia, no soy yo quien decide el día y la hora.

Colombo – En cualquier caso... entonces también me han llamado aquí como inspector...

San Pedro – ¿Llamado?

Colombo – Quiero decir, llamado a su lado. Al suyo o... (*Mirando de nuevo hacia arriba.*) al de Él. Así se dice, ¿no? Dios lo ha llamado a su lado...

San Pedro – Así es... Ahora, si no le importa, voy a mostrarle...

Colombo – ¿Cree que podré interrogarlo?

San Pedro – ¿A quién?

Colombo – A Dios.

San Pedro – ¿Quiere interrogar a Dios?

Colombo – Reconozco que no he elegido bien la palabra. Quería decir... ¿verlo y hablar con Él?

San Pedro – Dios está en todas partes, incluso en el cielo. Y siempre se puede tener esperanza. Así que, como le decía, voy a indicarle el camino para llegar a... el lugar donde descansará en paz por toda la eternidad.

Colombo – Claro, perdone. Y además... el descanso eterno, la verdad es que suena tentador.

San Pedro – ¿Ve la entrada de ese túnel?

Colombo – Ah, sí... Qué curioso, incluso veo una lucecita al fondo.

San Pedro – Eso es... Solo tiene que dirigirse hacia esa luz y... No se preocupe de lo demás. Nosotros nos ocupamos de todo. Si no, esto no sería realmente el cielo, ¿verdad?

Colombo – Muy bien, perdone las molestias. Voy para allá ahora mismo...

San Pedro – Bienvenido al cielo, inspector.

Colombo se dispone a marcharse, pero cambia de idea.

Colombo – Perdone, pero... hay una cosa más que no me deja tranquilo.

San Pedro (*empezando a impacientarse*) – Sí, inspector...

Colombo – ¿Sabe exactamente de qué he muerto?

San Pedro – ¿Por qué lo pregunta? Ahora ya no tiene demasiada importancia.

Colombo – Deformación profesional, supongo. Me he pasado toda la vida investigando cómo había muerto realmente la gente. Al menos aquellos que yo pensaba que habían sido asesinados.

San Pedro – ¿Cree que lo han asesinado?

Colombo – Simple curiosidad, se lo aseguro. Pero no quisiera ser indiscreto. Al fin y al cabo, es usted quien lleva el caso.

San Pedro – Murió de neumonía, si no me falla la memoria.

Colombo – ¿De neumonía...? Ah, sí, ya entiendo... Peter Falk murió de neumonía, en efecto. Bueno, creo... No, yo hablaba de mí, es decir, del inspector Colombo.

San Pedro – ¿Ha muerto?

Colombo – Precisamente ahí quería llegar. Como nunca se le vio morir en ningún episodio, ni siquiera en el último, tiene que seguir vivo, ¿no?

San Pedro – ¿Cómo va a seguir vivo si nunca existió de verdad? Y usted, que sí existió de verdad, está muerto.

Colombo – Claro... Tiene razón, desde luego. ¿Cómo iba un personaje de ficción a sobrevivir al actor que lo interpretaba en la pantalla? ¡No tiene ningún sentido!

San Pedro – No seré yo quien diga lo contrario... Así que ahora, si no le importa...

Colombo – Perdóneme por haberle hecho perder el tiempo... Voy a meterme en ese túnel y...

San Pedro – Sí, por favor...

Colombo se dispone de nuevo a marcharse, pero vuelve a detenerse.

Colombo – Una última pregunta y después, se lo prometo, lo dejo tranquilo.

San Pedro – Le escucho...

Colombo – Si el inspector Colombo nunca estuvo vivo, tampoco puede estar muerto, ¿verdad?

San Pedro – Supongo que no. ¿Y qué conclusión saca de eso, inspector?

Colombo – Si el inspector Colombo no está muerto, no tiene nada que hacer en el cielo... y por lo tanto yo tampoco. Porque, como usted mismo ha dicho con toda razón, somos inseparables.

San Pedro – Eso, si me permite, le corresponde a... *(Señalando hacia el cielo.)* Él decidirlo.

Colombo – Claro... Y sin embargo...

San Pedro – ¿Qué pasa ahora?

Colombo – Si el inspector Colombo no existe, aunque usted lo tenga delante de sus propios ojos, ¿cómo podemos afirmar con absoluta certeza que Dios, a quien nunca vemos, sí existe?

San Pedro – Le recuerdo que está usted a las puertas del cielo... ¿De verdad cree que este es el momento de poner en duda la existencia de Dios?

Colombo – No, claro. Si hubiera ganado una semana de vacaciones en un hotel de lujo junto al mar, no pondría en duda la existencia del dueño del hotel, pero...

San Pedro – ¿Pero?

Colombo – Pero aquí las vacaciones podrían alargarse un poco... Si he de serle sincero, me da un poco de miedo aburrirme. Sobre todo sin mi mujer...

San Pedro – Estoy seguro de que encontrará alguna forma de entretenerse hasta que ella se reúna con usted...

Colombo – Claro... Intentaré buscarme algo que hacer... Ahora que lo pienso... Por definición, aquí solo hay muertos, ¿verdad?

San Pedro – Sí... Esa es un poco la idea...

Colombo – Y donde hay muertos también puede haber... muertes sospechosas.

San Pedro – ¿Sospechosas?

Colombo – ¡Podré seguir ejerciendo mi profesión!

San Pedro – ¿La de actor?

Colombo – ¡La de policía! De donde yo vengo, ¿sabe?, es muy raro que un inspector pueda interrogar a la víctima de un asesinato. Y eso, naturalmente, facilitaría muchísimo las investigaciones.

San Pedro – Sí, bueno, no estoy seguro de que...

Colombo – Presiento que todo esto va a ser absolutamente apasionante. Al final me ha convencido. Para un policía, esto sí que es el cielo. No le robo más tiempo. Voy para allá ahora mismo...

Se dirige hacia la entrada del túnel.

San Pedro – ¡Un momento!

Colombo – ¿A usted también le preocupa una última cosa?

San Pedro – Pensándolo bien, tiene usted razón. Un personaje de ficción no tiene sitio en el cielo.

Colombo – En la Edad Media ni siquiera dejaban entrar a los actores.

San Pedro – Lo voy a mandar de vuelta de donde vino. Eso era lo que quería, ¿no?

Colombo – ¿Me devuelve a la Tierra?

San Pedro – No sueñe. No, lo devuelvo a su serie favorita. ¿En cuántos episodios actuó?

Colombo – Sesenta y nueve.

San Pedro – Pues podrá seguir investigando por toda la eternidad. ¿Le parece bien?

Colombo – Entonces ¿volveré a reunirme con mi mujer? Quiero decir... con la señora Colombo.

San Pedro – Solo tiene que volver sobre sus pasos. Un ángel lo estará esperando en el rellano, como dice usted. Lo acompañará a casa. Bueno... a casa de la señora Colombo.

Colombo – Usted decide... Pero antes de irme, solo quería hacerle una última pregunta...

San Pedro – ¡Fuera, antes de que cambie de opinión! Y le haga entrar por la otra puerta, si sabe a qué me refiero...

Colombo – Lo dejo tranquilo, se lo prometo... Tengo tantas ganas de volver con mi mujer. Tener un trabajo apasionante y una mujer que lo quiere, eso es el cielo, ¿no cree?

Intentando mantener la calma, San Pedro no responde. Colombo da media vuelta y empieza a regresar por donde ha venido. San Pedro lanza un suspiro de alivio.

3. Luna de miel

Un hombre llega a la recepción de un hotel y se dirige a la recepcionista.

Recepcionista – Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

Cliente – Buenos días. Quisiera una habitación, por favor.

Recepcionista – Muy bien. ¿Una habitación doble o individual?

Cliente – Individual será suficiente. Por desgracia...

Recepcionista – ¿Viaje de negocios, de turismo...?

Cliente – Luna de miel.

Recepcionista – ¿Perdón...?

Cliente – Estoy de luna de miel.

Recepcionista – Ya... y, sin embargo, desea una habitación individual. Quizá otra para su esposa... A menos que ella prefiera alojarse en otro establecimiento.

Cliente – Mi mujer me ha dejado... justo después de la ceremonia.

Recepcionista – Lo siento muchísimo...

Cliente – No tanto como yo.

Recepcionista – ¿Una desavenencia doméstica, quizá?

Cliente – Se fue con mi testigo nada más salir del ayuntamiento. He perdido a la vez a mi mujer y a mi mejor amigo.

Recepcionista – A lo mejor acaban volviendo.

Cliente – Quizá cuando termine la luna de miel. Había reservado una semana en las Seychelles. Se fueron con los billetes de avión.

La recepcionista vacila ligeramente.

Recepcionista – No será una broma, ¿verdad?

Cliente – ¿Tengo cara de estar de broma?

Recepcionista – La verdad es que tiene más bien cara de cornudo.

Cliente – Gracias por levantarme el ánimo.

Recepcionista – Le ruego que me disculpe, señor. Me ha salido sin pensar.

Cliente – No, si tiene razón. Tengo cara de cornudo.

Recepcionista – Seguro que no es la primera vez que se lo dicen.

Cliente – No. Y ahora acabo de tener la confirmación.

Recepcionista – Le acompaño en el sentimiento, de verdad. Y, en nombre del establecimiento, acepte nuestro más sentido pésame.

Cliente – Gracias, pero... todavía no soy viudo, ¿sabe? De momento solo soy cornudo.

Recepcionista – Claro... Yo... No sé qué decirle... Si pudiera...

Cliente – Es usted muy amable.

Recepcionista – Mire, para aliviar un poco su dolor, en nombre del establecimiento puedo ofrecerle una pequeña compensación.

Cliente – ¿Una compensación...? Quiere decir que...

Recepcionista – No se haga ilusiones tan deprisa... Evidentemente, para su noche de bodas imagino que habría preferido tener una mujer en la cama. Por desgracia, el reglamento de nuestro establecimiento nos prohíbe terminantemente...

Cliente – Claro.

Recepcionista – No, me refería simplemente a una mejora de categoría.

Cliente – ¿Una mejora de categoría?

Recepcionista – Por el precio de una habitación individual normal, le ofrezco una habitación superior con balcón, en la última planta. Es mucho más tranquila que las que dan a la calle, ya verá. Da al cementerio.

Cliente – Gracias...

Recepcionista – En general, nuestros clientes quedan muy satisfechos. Por lo menos, nunca se ha quejado nadie. ¿Lleva equipaje?

Cliente – Mi testigo se fue con mi maleta. Además de llevarse a mi mujer y nuestras reservas para la luna de miel en un hotel de ensueño...

Recepcionista – Después de algo así, ¿cómo va uno a volver a fiarse de sus amigos...?

Cliente – En realidad... era más bien amigo de mi mujer.

Recepcionista – Ya, me lo imaginaba. Pero no se preocupe, en la máquina expendedora de la planta encontrará todo lo que necesite. Cepillo de dientes, peine, kit de afeitado...

Cliente – Gracias, pero... hay una última cosita que me preocupa. No sé muy bien cómo decírselo...

Recepcionista – Le escucho...

Cliente – Mi mujer también se llevó mi tarjeta de crédito.

Recepcionista – Ya veo...

Cliente – Y no se me ocurrió sacar efectivo antes de la ceremonia. No podía imaginar que...

La recepcionista, visiblemente cada vez más impaciente, vacila un instante.

Recepcionista – Mire, de todas formas el hotel está casi vacío. Así que le regalo una noche. Pero mañana a primera hora se larga, ¿de acuerdo?

Cliente – Es muy amable por su parte, de verdad. No sé cómo agradecerérselo...

La recepcionista le entrega una llave.

Recepcionista – Tome, aquí tiene la llave.

Cliente – ¿El desayuno está incluido?

La recepcionista, al límite de su paciencia, prefiere no contestar.

Recepcionista – Cuarta planta, habitación 69. Solo me queda desearle que pase una buena noche...

Cliente – Gracias...

El cliente se dispone a marcharse, muy deprimido.

Recepcionista – Siempre puede ver la tele. Le ayudará a distraerse.

Cliente – ¿Puedo echar un vistazo a la programación?

Recepcionista – Por supuesto.

El cliente hojea una revista de televisión.

Cliente – Ah, *Dormiré en tu casa...* Mi programa favorito. ¿Lo conoce?

Recepcionista – Me encanta... ¿En qué país están esta vez?

El cliente vuelve a mirar la programación.

Cliente – Las Seychelles...

Recepcionista – Cuando las cosas se tuercen, se tuercen de verdad. (*Abre un cajón, saca una caja de pastillas y la deja sobre el mostrador.*) Tome, son somníferos. Tómese dos.

Cliente – No sé si bastará...

Recepcionista – Pues si no basta, tómese la caja entera.

Cliente – Dios se lo pague. Si no hubiera tenido la suerte de dar con alguien tan amable, no sé dónde habría pasado la noche...

Recepcionista – Debajo de un puente, probablemente.

Cliente – Tendría que haber elegido a alguien como usted de testigo. Ya sabe lo que dicen: a los amigos se les conoce en los momentos difíciles.

Recepcionista – Claro...

Cliente – ¿Quiere ser mi amiga?

Recepcionista – El ascensor está por allí. Lárguese ahora, antes de que cambie de idea...

4. Insecticida

Un hombre y una mujer están sentados uno al lado del otro. Él hace un crucigrama. Ella observa algo en su propia mano. Él se da cuenta.

Hombre – ¿Qué miras?

Mujer – Una hormiga.

Hombre – La casa sigue llena de hormigas. Les he puesto veneno, pero parece que no les gusta.

Mujer – ¿Y encima tendría que gustarles?

Hombre – ¡El producto! Parece que no las atrae...

Mujer – Espero que no atraiga al gato. Es tan idiota, ese gato.

Hombre – Está dentro de una cajita con agujeros por todas partes. Se supone que entran, se comen el veneno y se lo llevan al hormiguero para envenenar a las demás.

Mujer – Genial...

Hombre – Ya... Pasan por delante de la caja. Algunas se paran a mirar, pero no entra ni una.

Mujer – Si se niegan a colaborar...

Hombre – Y encima no es precisamente barata, la trampa de las narices.

Mujer – A lo mejor las hormigas no son tan tontas, después de todo. Igual el que ha caído en la trampa eres tú.

Hombre – Ya...

Mujer – ¿Y qué te han hecho exactamente esas hormigas? Quiero decir... a ti personalmente.

Hombre – No sé... Tener hormigas en casa... No da mucha sensación de limpieza, ¿no?

Ella sigue observando la hormiga.

Mujer – Esta, por lo menos, parece estar en plena forma.

Hombre – Mejor para ella.

Mujer – Cualquiera diría que es consciente de haberse librado por los pelos de un genocidio.

Hombre – Creo que en este caso se diría más bien un insecticidio.

Mujer – O un hormiguicidio. (*Observa la hormiga.*) Me pregunto si las hormigas tienen vida privada...

Hombre – ¿Vida privada? ¿Quieres decir... como nosotros? Después de la jornada de trabajo, ¿vuelven a casa, ven un rato la tele y luego se acuestan? Para estar frescas y volver al curro al día siguiente...

Mujer – ¿Tienen algún tipo de existencia individual o cada hormiga no es más que un simple engranaje del hormiguero? Una pieza de recambio, por así decirlo...

Hombre – Creo que fue Descartes quien habló de los animales-máquina.

Mujer – Lo que demuestra la cantidad de tonterías que dicen los filósofos. Pienso, luego existo... Menudo descubrimiento...

Hombre – Tienes razón. Que una hormiga no piense no significa que no exista...

Ella mira la hormiga que tiene en la mano.

Mujer – Y además, ¿cómo podemos estar seguros de que esta hormiga no piensa? No estamos dentro de su cabeza...

Hombre – Todavía puedo creer que ese gato idiota piense en algo de vez en cuando. En comer, por ejemplo. Pero un insecto...

Mujer – ¿Tú crees que un insecto no piensa?

Hombre – Por eso no tenemos ningún escrúpulo en exterminarlos, ¿no? ¿Te imaginas ir a una droguería y pedir un producto para envenenar a los pájaros porque llenan la terraza de cagadas?

Mujer – No.

Hombre – Con las hormigas ni siquiera hace falta alegar un motivo para comprar algo con lo que exterminarlas. El veneno se vende libremente. Hasta lo anuncian en la tele. En este caso no parece muy eficaz, pero bueno...

Mujer – Es verdad. Sentimos más empatía por los pájaros, que descienden de los dinosaurios, que por las hormigas, aunque también son animales sociales, como nosotros...

Hombre – En cualquier caso, volviendo a tu pregunta, los pájaros seguro que tienen vida privada. En primavera intentan encontrar pareja, viven juntos en un nido, crían a sus polluelos entre los dos...

Mujer – ¿Y sería esa visión antropomórfica de los pájaros la que explica que los protejamos, mientras masacramos hormigas sin pensárnoslo dos veces?

Hombre – No solo hormigas. También aplastamos moscas y mosquitos con total impunidad y un placer bastante sádico.

Mujer – Y esos ni siquiera son animales sociales.

Hombre – No, los insectos... Salvo las abejas, porque hacen miel...

Mujer – Consideramos que los insectos carecen por completo de sensibilidad.

Hombre – También es verdad que una cucaracha no resulta muy cariñosa, y nunca se ha visto a nadie tener un escarabajo como mascota. Una serpiente o un reptil, todavía. Pero un insecto, nunca.

Ella vuelve a mirar su mano.

Mujer – ¡La muy cabrona me ha picado...! Qué desagradecida. Y yo que intentaba ser un poco comprensiva con su especie.

Aplasta la hormiga dándose una palmada en la mano.

Hombre – Ah... Tu primer hormiguicidio... Ya verás, lo difícil es dar el primer paso.

Mujer – Debía de ser una hormiga roja.

Hombre – Ya estamos... Ni con las hormigas podemos evitar discriminar.

5. Relatividad

San Pedro, con túnica y una gran llave colgada del cinturón, está frente a un hombre (o una mujer) vestido con toga de abogado.

San Pedro – Bien, estamos aquí para decidir sobre la admisión en el cielo de un tal... Albert Einstein.

Abogado – Exactamente.

San Pedro – Para que estén representadas las dos partes, yo haré de abogado del diablo...

Abogado – Entonces yo defenderé la causa del señor Einstein.

San Pedro – Muy bien, veamos... (*Echa un vistazo a un grueso expediente.*) Vaya, es un caso bastante complejo...

Abogado – He adjuntado todas sus publicaciones científicas. Convendrá conmigo en que, en este caso, es difícil separar al hombre de su obra.

San Pedro – Cierto. Pero ni usted ni yo tenemos la competencia necesaria para valorar esos trabajos de investigación. Así que nos atendremos a lo esencial: durante su vida, ¿el señor Einstein hizo más bien que mal?

Abogado – La teoría de la relatividad es suya.

San Pedro – La cuestión es si merece el cielo, no si merecía el Premio Nobel de Física.

Abogado – Sin entrar en detalles científicos que se nos escaparían, habrá que reconocer que sus descubrimientos permitieron a la humanidad dar un gran salto adelante.

San Pedro – Volveremos sobre eso, porque ese punto, como mínimo, merece discutirse. Pero dígame... Einstein es un apellido judío.

Abogado – En efecto... pero el señor Einstein no era practicante.

San Pedro – Aun así, parecería más lógico que llamara a la puerta del cielo de los judíos.

Abogado – Y eso es lo que hizo... nada más morir.

San Pedro – ¿Y?

Abogado – Lleva más de cincuenta años enfrascado en una larga discusión con el rabino que lo recibió.

San Pedro – ¿Para saber si es digno de entrar en el cielo?

Abogado – Por lo visto, todavía no han llegado a ese punto del debate... De momento, el rabino está consultando la Torá para averiguar si el cielo existe realmente para los judíos y, en caso afirmativo, cuál podría ser su naturaleza.

San Pedro – Ya veo...

Abogado – Mi cliente empieza a impacientarse un poco y ha decidido probar suerte con usted.

San Pedro – Un plan B, por así decirlo...

Abogado – Digamos que... como científico, el señor Einstein estudia todas las opciones. Y ha llegado a la conclusión de que el cielo católico es mucho más tangible que el judío.

San Pedro – Usted también es judío, supongo.

Abogado – No practicante, para que se quede tranquilo. Como mi cliente, en realidad...

San Pedro – Me pone usted en una situación un poco incómoda.

Abogado – Su cielo no está explícitamente reservado a los católicos, ¿verdad? Todos los hombres de buena voluntad son bienvenidos...

San Pedro – En efecto... Pero para entrar en el cielo, primero hay que creer en él. Y se puede decir que el señor Einstein era un ateo convencido. Fuera cual fuera la religión...

Abogado – Ateo... es una palabra muy fuerte. Yo diría más bien agnóstico.

San Pedro – Déjeme leerle lo que escribió en una de sus cartas: «La palabra Dios no es para mí más que la expresión y el producto de las debilidades humanas; la Biblia, una colección de leyendas ciertamente honorables, pero primitivas y bastante pueriles. Ninguna interpretación, por sutil que sea, puede cambiar eso a mi juicio». ¿No cree que un hombre que dice algo así puede calificarse de ateo?

Abogado – Sin embargo, Einstein se definía a sí mismo como «un no creyente profundamente religioso».

San Pedro – En 1929, cuando un rabino le preguntó si creía en Dios, Einstein respondió: «Creo en el Dios de Spinoza, que se revela en el orden armonioso de cuanto existe, y no en un Dios que se preocupa por el destino y los actos de los seres humanos».

Abogado – Lo cierto es que Dios, desde que expulsó a sus criaturas del jardín del Edén, concediéndoles así la libertad y la responsabilidad sobre sus actos, interviene muy poco en los asuntos humanos.

San Pedro – Se olvida de Jesucristo...

Abogado – Einstein no negaba su existencia y sentía por él la mayor admiración. Pero reconozca que, desde la muerte de Jesús, salvo algún milagro de vez en cuando, Dios ha mantenido un perfil muy bajo.

San Pedro – Concedamos a Einstein el beneficio de la duda en materia de fe... y examinemos las consecuencias concretas de sus descubrimientos científicos.

Abogado – No se puede negar que son inmensas. Einstein está considerado el mayor genio del siglo XX. Revolucionó literalmente nuestra concepción del universo.

San Pedro – También tiene sus detractores... Algunos sostienen que se limitó a popularizar los trabajos de predecesores menos ilustres; otros dicen que fue su mujer quien le inspiró su célebre teoría...

Abogado – También se dice que Corneille escribió las obras de Molière y Marlowe las de Shakespeare...

San Pedro – No sería la primera vez en la historia que un hombre se atribuye el genio de su mujer... Pero no me corresponde juzgarlo. Por eso hablaba de las consecuencias de sus descubrimientos, no de los descubrimientos en sí.

Abogado – Ahí no hay discusión, si me permite la expresión. Sin él, no habría televisión de alta definición ni GPS.

San Pedro – ¿La televisión y el GPS han hecho mejores a los seres humanos? Esa es la cuestión.

Abogado – También inventó uno de los primeros prototipos de frigorífico.

San Pedro – Algunos dirían, sobre todo, que ayudó a allanar el camino hacia la bomba atómica.

Abogado – No participó activamente en el Proyecto Manhattan, que culminaría con la creación de la primera bomba nuclear.

San Pedro – Pero fue él quien, en una carta al presidente Roosevelt, le aconsejó poner en marcha el proyecto cuanto antes.

Abogado – Solo para adelantarse a los nazis en su búsqueda del arma definitiva.

San Pedro – Admitámoslo...

Abogado – No se puede responsabilizar a un científico del uso malintencionado de sus descubrimientos. Igual que Dios, que creó al ser humano, no es responsable de sus malas acciones.

Pausa.

San Pedro – Su vida privada, en cambio, no habla precisamente a su favor... Era un mujeriego...

Abogado – Nadie es perfecto...

San Pedro – Divorciado.

Abogado – No creo que la Iglesia siga prohibiendo la entrada al cielo a los divorciados.

San Pedro – Se volvió a casar con su propia prima.

Abogado – La Iglesia tampoco lo prohíbe expresamente.

San Pedro – Mal padre...

Abogado – Era un hombre muy ocupado... completamente entregado a su trabajo.

San Pedro – Ni siquiera se sabe qué fue de su primera hija.

Abogado – Todo hombre tiene sus debilidades... Pero no se pueden negar sus compromisos: a favor del pacifismo, contra el racismo...

San Pedro – Socialista, sionista... No entremos en esas consideraciones o esto nos llevaría demasiado lejos.

Abogado – Pero habrá que tomar una decisión...

San Pedro – Tiene razón... Hagámonos entonces una pregunta sencilla: ¿el mundo habría sido mejor o peor sin Albert Einstein?

Abogado – Teniendo en cuenta que todo eso es muy relativo...

Momento de perplejidad. Los dos hojean sus expedientes sin demasiada convicción.

San Pedro – Qué calor hace aquí...

Abogado – Y eso que solo estamos en abril...

San Pedro – El infierno está justo al lado y está muy mal aislado. Pero puedo ofrecerle algo de beber, si quiere...

Abogado – Encantado.

San Pedro sale un momento y vuelve con dos botellas de Corona.

San Pedro – Tome.

Abogado – ¿Cerveza? ¿En el cielo...?

San Pedro – El alcohol está prohibido en el islam...

Abogado – Con alcohol o sin él, lo importante es que esté bien fría.

Beben con evidente satisfacción.

San Pedro – Entonces, ¿qué hacemos con su Albert Einstein? Judío, ateo, aprendiz de brujo, misógino, posible plagario y sin duda un buen pájaro... Reconozca que, para aspirar al cielo, su currículum no juega demasiado a su favor.

Abogado – No era un santo, desde luego, pero... tampoco era el diablo.

Dan otro trago.

San Pedro – ¿Decía que había inventado el frigorífico?

Abogado – En cualquier caso, puede decirse que fue un precursor en ese campo. Incluso registró una patente.

San Pedro – O sea que, en cierto modo, gracias a él hoy podemos tomarnos una buena cerveza bien fría...

Abogado – Es menos glorioso que ser el autor de la famosa fórmula $E = mc^2$, pero al menos es más concreto.

San Pedro – Entonces le haremos un sitio en el cielo como inventor del frigorífico.

Abogado – Una sabia decisión.

San Pedro firma al pie de un documento y se lo entrega.

San Pedro – Por cierto, ¿qué significa exactamente $E = mc^2$? Nunca lo he entendido del todo.

Abogado – A grandes rasgos, es el principio de equivalencia entre masa y energía. En determinadas circunstancias, la masa se transforma en energía y viceversa. Al final, sustituya la E por energía divina y tendrá, por así decirlo, la prueba de la existencia de Dios.

San Pedro – Tampoco se pase...

Abogado – Tiene razón... Una buena cerveza bien fría: eso sí que es una prueba de que Dios existe.

San Pedro – Ya que hemos tomado una decisión, hágalo pasar. Brindaremos con él...

Abogado – Ya verá, es de los que ganan mucho cuando se les conoce.

6. Kushim

Entra un hombre prehistórico. Apenas va vestido con una piel de animal y lleva un hacha de sílex en la mano. Se sienta en una roca a descansar y acaba adormilándose. En medio de un destello aparece una mujer con un mono futurista y una pistola láser al cinto. El hombre prehistórico, naturalmente sorprendido y a la defensiva, se levanta blandiendo el hacha.

Mujer – No se preocupe, buen hombre. No quiero hacerle ningún daño.

Hombre – ¿Quién eres, extranjera? ¿Qué vienes a hacer aquí?

Mujer – Soy una viajera del tiempo. Sí, ya sé que no entiende muy bien lo que significa. Es normal.

Hombre – ¿Una viajera?

Mujer – Del tiempo, sí. ¿Cómo se lo explico...? Vengo del futuro, si lo prefiere.

Hombre – ¿El futuro? ¿Y eso qué es? ¿Está lejos? ¿Más allá de las montañas?

Mujer – Claro... ¿Cómo va a comprender un hombre prehistórico el concepto de futuro? Precisamente lo que lo caracteriza es que todavía no ha entrado en la Historia.

Hombre – ¿La historia? ¿Qué historia?

Mujer (*para sí*) – Madre mía... Esto no va a ser fácil... (*Al hombre.*) ¡El futuro, buen hombre! Mañana, por ejemplo, es el futuro, ¿lo entiende? Yo vivo en el futuro y... he venido a hacerle una pequeña visita. Para ver cómo os iba por aquí en la Edad de Piedra.

Hombre – ¿La edad de una piedra? ¿Cómo quieres que sepa cuántos años tiene una piedra?

Mujer – No, la Edad de Piedra... Quiero decir la prehistoria. Porque precisamente no nos habéis dejado ningún relato de lo que vivisteis. Como todavía no conocéis la escritura.

Hombre – ¿Qué es la escritura?

Mujer – La escritura es... Es un poco como los dibujos que hacéis en las paredes de las cuevas. Solo que no representan nada. Pero aun así quieren decir algo.

Hombre – ¿Dibujos que no representan nada? ¿Y qué podrían querer decir?

Mujer – Pues quieren decir... lo mismo que cuando hablamos.

Hombre – Si es lo mismo que cuando hablamos, ¿para qué sirve?

Mujer – ¡Para que se acuerden de vosotros! Cuando ya no podáis hablar. Quiero decir, cuando estéis muertos...

Hombre – Yo me acuerdo perfectamente de los que han muerto... De los que conocí, por lo menos. De los demás...

Mujer – ¿Sabe qué? Vamos a dejar lo de la escritura, porque así no vamos a acabar nunca. A ver: antes de materializarme delante de usted, yo vivía en el futuro. Y el futuro es... mañana, si lo prefiere.

Hombre – ¿Mañana?

Mujer – Sí, bueno, mañana... muchos «mañanas», claro. Digamos unos cuantos millones, ¿lo ve?

Hombre – No.

Mujer – Bien... Vamos a plantearlo de otra manera. Antes de utilizar ese hacha de piedra, ¿cómo hacía para cazar?

Hombre – No sé.

Mujer – Pues cazaba con las manos, supongo. Y antes de dominar el fuego, ¿cómo comía la carne?

Hombre – No sé.

Mujer – ¡Cruda! Eso es el pasado. Cuando era un mono. El presente es ahora. Utiliza armas de piedra y cocina la carne. Mañana sustituirá el hacha de piedra por una escopeta de caza y el fuego por un horno eléctrico. Eso es el futuro. ¿Ve lo que quiero decir?

Hombre – No.

Mujer – El futuro es el progreso. Y cuando haya progresado mucho, pero muchísimo... (*Se señala a sí misma.*) tendrá este aspecto.

Hombre – ¿Y esto es el progreso?

Mujer – Pues... ¡claro! ¿No salta a la vista?

Hombre – No.

Mujer – En fin, como le decía, sabemos muy poco de usted y de sus contemporáneos de la prehistoria. Ninguno de vuestros nombres ha pasado a la posteridad. ¿Cómo se llama?

Hombre – Kevin.

Mujer – Ah, sí... En cualquier caso, el nombre de ningún Kevin quedó grabado en la memoria durante la prehistoria. ¿Y sabe por qué?

Hombre – No.

Mujer – Porque ninguno de esos nombres se escribió jamás durante ese larguísimo periodo. ¿Sabe cuál es el primer nombre humano que quedó literalmente grabado en la memoria de la humanidad?

Hombre – No.

Mujer – Kushim. En realidad, ni siquiera sabemos si era un hombre o una mujer. En cambio, sí sabemos a qué se dedicaba.

Hombre – ¿A qué?

Mujer – Era contable. Kushim dejó su nombre en una tablilla de arcilla encontrada en Mesopotamia. Una tablilla del cuarto milenio antes de Jesucristo.

Hombre – ¿Jesucristo?

Mujer – Bueno, eso se lo contaré otro día... Pero ya ve: la primera celebridad de la Historia no fue un rey, ni un guerrero, ni un poeta, sino un contable. No firmó una gran epopeya ni un libro sagrado, sino una factura por una entrega de cereales.

Hombre – ¿Qué es una factura?

Mujer – Ya... *(Para sí misma o para el público.)* No es fácil mantener una conversación con alguien que no tiene en absoluto las mismas referencias que uno... ¿A qué se dedica usted, buen hombre?

Hombre – Soy cazador-recolector.

Mujer – Claro.

Hombre – ¿Y tú?

Mujer – ¿Yo? Soy investigadora. Especialista en prehistoria. Ahora que podemos viajar en el tiempo, puedo investigar directamente sobre el terreno. Así que, si me lo permite, voy a hacerle unas preguntas. Es para mi tesis.

Hombre – De acuerdo.

Mujer – Primero, unas preguntas sobre su estado civil. A ver... Nombre: Kevin. Fecha de nacimiento: lo dejaré en blanco. Profesión: cazador-recolector. ¿Casado?

Hombre – ¿Casado?

Mujer – ¿Hay una... señora Kevin? *(El hombre no parece entender.)* ¿Tiene mujer?

Hombre – Tenía dos, pero la semana pasada un oso se comió a una, y la otra se fue con un cazador que traía más piezas que yo a la cueva. Luego encontré a otras dos perdidas en el bosque, les di un golpe en la cabeza y me las llevé a casa. Parece que están a gusto...

Mujer – Marcaré viudo, separado... y unión libre. Bien, hablemos ahora de su forma de vida. ¿Cómo transcurre un día normal para usted, buen hombre?

Hombre – Por la mañana me levanto con el sol y voy a bañarme al río. Después me voy de caza con los amigos. Al volver hacemos carne a la brasa. Una siestecita después de comer con mis dos mujeres. Por la tarde vamos un rato a pescar. Y por la noche nos contamos historias alrededor del fuego...

Mujer – Vaya... Pues suena a vacaciones ideales. Casi me dan ganas de quedarme. *(Se oye una pequeña señal de aviso. Ella consulta la pantalla de su dispositivo y vuelve a mirar a su interlocutor.)* Por desgracia, mi vida es un poco más complicada. Tengo que dejarlo, pero volveré, se lo prometo.

Hombre – De acuerdo... Y si quieres ser mi tercera mujer...

Mujer – Me lo pensaré... Pero ahora, para no correr el riesgo de alterar el curso de la Historia, voy a someterlo con esta pistola a una descarga de radiación que hará que olvide por completo esta conversación. No se preocupe, no es peligroso y no duele absolutamente nada.

Ella saca la pistola. Él la observa con curiosidad y, con un movimiento brusco, consigue arrebatársela y apuntar a su dueña.

Hombre – ¿Es un arma nueva para cazar?

Mujer – No exactamente. Pero cuidado, hay que saber manejarla. Démela...

El hombre prehistórico aprieta el gatillo. Un destello luminoso sale del cañón y paraliza a la mujer durante unos instantes. Cuando vuelve a moverse, parece completamente desorientada.

Mujer – Hola... Pero ¿qué hago aquí? Y, para empezar, ¿quién es usted?

Hombre – Me llamo Kevin. ¿Y tú?

Mujer – No recuerdo nada... Ni siquiera mi nombre... ¿Sabe cómo me llamo?

Hombre – Te llamaremos Kushim.

Mujer – ¿Kushim?

Hombre – Bienvenida a la prehistoria, Kushim.

Mujer – ¿Qué es la prehistoria?

Hombre – Pues... la prehistoria es ahora.

Mujer – Bueno... ¿Y a qué se dedica, Kevin?

Hombre – Soy cazador-recolector. También pesco un poco. ¿Y tú qué sabes hacer exactamente?

Mujer – Nada... Ah, sí, creo que sé contar. Y escribir también.

Hombre – ¿Qué quieres contar?

Mujer – No sé... Podría contar los animales que traéis de la caza y los peces que pescáis.

Hombre – ¿Para qué sirve eso?

Mujer – No lo sé. En cualquier caso, es lo único que sé hacer.

Hombre – Bueno, hablaré con los demás. Ven conmigo.

Mujer – Le sigo...

Hombre – Si no sirves para nada, en el peor de los casos siempre podemos comerte.

Mujer – Siempre hace falta un buen contable, ¿sabe? Ya verá, os voy a cambiar la vida.

Hombre – ¿Tú crees?

Mujer – Estoy segura. Ya verá, voy a hacer que entréis en la Historia.

Hombre – ¿La Historia? Espero que no sea algún tipo de timo...

7. Contracampo

El escenario está vacío salvo por un cuadro, apoyado contra la pared del fondo, del que solo se ve la parte trasera. El primer gendarme está allí, repasando sus notas. Entra el segundo. Ambos gendarmes pueden ser indistintamente hombres o mujeres.

Gendarme 2 – Qué tiempo tan raro para estar en julio, ¿no?

Gendarme 1 (*distráido*) – Sí... Un tiempo para suicidarse...

El otro lo mira sorprendido.

Gendarme 2 – Es pleno día y parece de noche...

Gendarme 1 – Un poco como este oscuro asunto. Todo parece sencillo, pero nada está claro.

Gendarme 2 – Bueno, entonces, ¿qué ha pasado aquí?

Gendarme 1 – Un suicidio, al parecer. Un pobre desgraciado que se habría pegado un tiro en el corazón.

Gendarme 2 – Y murió.

Gendarme 1 – Sí... pero no en el acto.

Gendarme 2 – Vaya...

Gendarme 1 – Solo quedó herido. Tuvo tiempo de volver a la buhardilla que alquilaba en esta posada y no murió hasta el día siguiente. Es decir, hoy.

Gendarme 2 – ¿Pudo tomarle declaración?

Gendarme 1 – Le hice algunas preguntas, pero ya estaba más o menos inconsciente. O quizá no le apetecía sincerarse con un gendarme.

Gendarme 2 – Tendría que haberse hecho pasar por sacerdote, confesarlo y darle la extremaunción. Es broma... ¿Consiguió sacarle algo de todas formas?

Gendarme 1 – Le pregunté si había intentado suicidarse. Me contestó... «Creo que sí».

Gendarme 2 – ¿«Creo que sí»?

Gendarme 1 – «Creo que sí».

Gendarme 2 – ¿Eso es todo?

Gendarme 1 – No. Añadió: «No acusen a nadie más».

Gendarme 2 – Es extraño, sí. Pero bueno. Confirmó que se trataba de un suicidio.

Gendarme 1 – Sí.

Gendarme 2 – En ese caso... ya no tenemos nada que hacer aquí.

Gendarme 1 – Supongo que no.

Gendarme 2 – No parece muy convencido. Si ese pobre hombre dijo que se había suicidado, no tenemos motivos para dudar de su palabra.

Gendarme 1 – No, claro.

Gendarme 2 – ¿Por qué iba a decir que se había suicidado si no era verdad?

Gendarme 1 – Para proteger a alguien, quizá...

Gendarme 2 – ¿Quiere decir... a su asesino?

Gendarme 1 – No lo sé. Pero no me fío de las apariencias.

Gendarme 2 – Aquí no hablamos de simples apariencias, sino de una confesión... La confesión de la víctima. O del culpable, si lo prefiere. No es muy frecuente que un suicida pueda confirmar que es el autor de su propio asesinato.

Gendarme 1 – Sí, seguramente tiene razón.

Gendarme 2 – ¿Encontraron el arma del crimen? Bueno, quiero decir, el arma que habría servido para...

Gendarme 1 – No. Al parecer era un revólver que había robado a alguien. Un arma bastante rudimentaria.

Gendarme 2 – No me extraña que fallara.

Gendarme 1 – Es curioso... ¿Sabe cuáles fueron sus últimas palabras?

Gendarme 2 – Desde luego, era bastante hablador para ser un suicida... ¿Y qué dijo?

Gendarme 1 – «Otra vez he fallado».

Gendarme 2 – ¿«Otra vez he fallado»?

Gendarme 1 – Eso le dijo a su hermano, que había venido desde París para acompañarlo en sus últimos momentos. Imagino que quería decir que en la vida había fallado en todo. Incluso en su suicidio.

Gendarme 2 – Y dice que volvió a su habitación después del disparo. Entonces, ¿dónde tuvo lugar ese supuesto suicidio?

Gendarme 1 – En un campo.

Gendarme 2 – ¿Un campo?

Gendarme 1 – Un campo de trigo, sí.

Gendarme 2 – ¿Y cree que ese detalle podría tener importancia?

Gendarme 1 – ¿Qué detalle?

Gendarme 2 – Primero ha dicho un campo. Luego ha precisado que era un campo de trigo.

Gendarme 1 – Ah, sí... Eh... no. Lo he dicho por decir.

Gendarme 2 – Por cierto, ¿cómo sabe que era un campo de trigo y no uno de patatas, por ejemplo?

Gendarme 1 – Ahora lo verá...

Da la vuelta al cuadro, del que hasta ahora solo veíamos la parte trasera. Es Campo de trigo con cuervos, el último cuadro de Vincent Van Gogh. A elección de la dirección, el primer gendarme puede limitarse a enseñárselo al segundo sin que el público llegue a ver la parte pintada del lienzo.

Gendarme 2 – ¿Qué demonios es esta atrocidad?

Gendarme 1 – Su último cuadro.

Gendarme 2 – ¿Así que ese vagabundo pintaba cuadros?

Gendarme 1 – Sí... Era conocido como pintor.

Gendarme 2 – ¿Pero no era un pintor conocido?

Gendarme 1 – No. Quiero decir que era conocido por ser pintor. Era su oficio. Pero no creo que fuera un pintor conocido. Si lo hubiera sido, no habría acabado sus días en semejante miseria.

El otro examina el cuadro.

Gendarme 2 – Tiene razón, es un campo de trigo. ¿Ha encontrado en este cuadro algún otro indicio que pueda ayudarnos en la investigación?

Gendarme 1 – ¿Qué clase de indicio se puede encontrar en un cuadro?

Gendarme 2 – No sé... Podría haber pintado a su asesino. Mientras se acercaba a él desde el otro extremo del campo.

Gendarme 1 – Está claro que no le dio tiempo.

Gendarme 2 – Pero sí le dio tiempo a pintar los cuervos.

Gendarme 1 – Entonces habría que interrogar a los cuervos. Seguro que lo vieron todo.

Gendarme 2 – ¿Se hizo una autopsia?

Gendarme 1 – Su médico examinó el cadáver.

Gendarme 2 – ¿Su médico? Ya veo... Una autopsia un poco de andar por casa, entonces. ¿Y qué dice nuestro forense aficionado?

Gendarme 1 – Según él, el disparo iba dirigido al corazón, pero la bala se desvió al chocar con una costilla y acabó en el abdomen.

Gendarme 2 – ¿Un disparo a bocajarro?

Gendarme 1 – Es médico homeópata, ¿sabe? No experto en balística. No podemos sacar ninguna conclusión definitiva de sus declaraciones...

Gendarme 2 – Un asunto bastante oscuro, desde luego. Tan oscuro como el cielo que pintó en este cuadro justo antes de recibir el disparo.

Gendarme 1 – A decir verdad, ni siquiera estamos seguros de que el drama ocurriera realmente en este campo de trigo.

Gendarme 2 – Así que no hay testigos directos.

Gendarme 1 – ¿Aparte de los cuervos? No, ningún testigo. Solo rumores.

Gendarme 2 – ¿Qué clase de rumores?

Gendarme 1 – Sobre dos gamberros. Dos hermanos. Hijos de una familia respetable que pasan aquí las vacaciones. Al parecer habían tomado a este hombre como cabeza de turco y podrían haberlo matado por accidente al intentar recuperar el arma que él les había robado.

Gendarme 2 – Pero él afirmó que se había suicidado. ¿Por qué iba a intentar exculpar a quienes lo atormentaban?

Gendarme 1 – No sé... Por caridad cristiana, quizá.

Gendarme 2 – Ya...

Gendarme 1 – Entonces, ¿qué hacemos?

Gendarme 2 – Resumiendo: tenemos a un vagabundo que muere de un disparo en el pecho dos días después de recibirlo, sin que sepamos exactamente dónde ni cuándo. Tampoco sabemos quién disparó ni con qué arma. Así que podría tratarse de un suicidio, pero también de un asesinato o de un accidente.

Gendarme 1 – Sí, más o menos.

El otro reflexiona un instante mientras examina el cuadro.

Gendarme 2 – El tipo que pintó esto debía de estar tremendamente deprimido, ¿no?

Gendarme 1 – Desde luego.

Gendarme 2 – ¿Por qué no damos por buena la hipótesis del suicidio, que parece convenirle a todo el mundo?

Gendarme 1 – Y además, un artista maldito que se suicida... eso es romántico. Quizá hasta ayude a crear su leyenda.

Gendarme 2 – Créame, dentro de una semana todo el mundo habrá olvidado hasta el nombre de ese vagabundo. ¿Cómo se llamaba, por cierto?

El otro consulta un papel.

Gendarme 1 – Van Gogh.

Gendarme 2 – ¿Van Gogh?

Gendarme 1 – Vincent Van Gogh. Era holandés.

Gendarme 2 – Lo que está claro es que sus cuadros nunca acabarán en un museo.

Gendarme 1 – Nunca se sabe...

Gendarme 2 – ¿Usted colgaría eso encima del aparador del comedor?

Gendarme 1 – No.

Gendarme 2 – Pues vámonos. Ya hemos perdido bastante tiempo aquí.

8. El derrumbado

Una mujer está allí. Entra un hombre.

Mujer – Buenos días, ¿qué tal?

Hombre – ¿De verdad quiere saber qué tal estoy?

Mujer – Sí, claro... Bueno, no, lo decía por cortesía, pero... ¿Por qué? ¿Qué le pasa?

Hombre – ¿Que qué me pasa? La suerte está echada, querida señora. No va más. El proceso de derrumbe global ya está en marcha.

Mujer – ¿El derrumbe? ¿El derrumbe de qué?

Hombre – ¡Nuestro propio derrumbe! ¡El derrumbe de nuestra civilización! Si es que a esto se le puede llamar civilización...

Mujer – Ah, sí... Nuestra civilización... Me había asustado. Creía que hablaba de su tejado. O del mío.

Hombre – ¡Pero es exactamente eso! La casa está ardiendo y el techo está a punto de caernos encima.

Mujer – Ya... Pero aparte de eso, ¿todo bien?

Hombre – ¿A usted le parece que todo va bien?

Mujer – Sigo con mis problemas de alergia, pero bueno... Tampoco es el fin del mundo.

Hombre – Pues sí, precisamente. ¡Es el fin del mundo!

Mujer – ¿Usted también tiene problemas de alergia?

Hombre – Sí. Soy alérgico a esta sociedad, que está cavando su propia tumba con los dientes mientras devora día tras día todos los recursos del planeta.

Mujer – Claro...

Hombre – ¿Ha oído hablar de la deforestación?

Mujer – ¿De la desfloración? Qué quiere que le diga... Algún día hay que perder la virginidad. Yo tenía quince años cuando me pasó. Fue con un amigo de mi madre y... Pero ¿por qué me habla de eso?

Hombre – ¡Los bosques! Le hablo de los bosques. O de lo que queda de ellos. ¡La deforestación! Estará al corriente, ¿no?

Mujer – Sí, bueno... por encima...

Hombre – Cada segundo que pasa, la selva amazónica pierde una superficie equivalente a un campo de fútbol.

Mujer – Ah, sí... Son muchos campos de fútbol.

Hombre – Sesenta por minuto. Tres mil seiscientos por hora. Treinta y un millones quinientos treinta y seis mil al año.

Mujer – Vaya... Pues vamos a tener fútbol en la tele para rato. Yo por eso cancelé mi suscripción a Canal+. Solo hay fútbol. ¿A usted le gusta el fútbol?

Hombre – Odio el fútbol.

Mujer – Bueno, la Amazonia está lejos. Y además a los brasileños les apasiona el fútbol, ¿no?

Hombre – La Amazonia, querida señora, es el pulmón de nuestro planeta. Cuando la selva amazónica tose, se resfría el mundo entero.

Mujer – Mis pulmones son alérgicos al polen de los árboles. Así que si hubiera unos cuantos árboles menos en el planeta, seguramente respiraría mejor. Le he pedido a mi vecina que ponde un poco sus plátanos de sombra, pero no quiere ni oír hablar del tema. ¿Qué quiere que haga? Si fuera una perra que ladrara demasiado, siempre podría tirarle una albóndiga con arsénico. Pero un árbol... ¿Qué se puede hacer contra un árbol? No puedo envenenarlo. Me refiero al árbol, no a mi vecina. Aunque... podría regalarle una manzana envenenada. Tengo un manzano en el jardín.

Hombre – ¿Y del calentamiento global ha oído hablar?

Mujer – Es verdad que desde hace unos años tenemos unos otoños estupendos. El año pasado no tuve que encender la calefacción hasta octubre. Al precio que está el gasóleo, se ahorra un buen dinero...

Hombre – ¿Y el trabajo infantil?

Mujer – Ah, sí, eso sí que es un problema de verdad. A mí me indigna. Tengo siete nietos y, por desgracia, no estoy segura de que vayan a encontrar trabajo cuando terminen los estudios.

Hombre – ¿Y el bienestar animal?

Mujer – A los que abandonan al gato en un área de servicio cuando se van de vacaciones habría que castrarlos. Bueno, al mío sí que lo castré, pero en una clínica veterinaria. No se imagina lo que cuestan estos animalitos. De hecho, hasta le he hecho un seguro...

Hombre – ¡Le estoy hablando de los mataderos, señora!

Mujer – Los mataderos... Tiene razón... La semana pasada vi un reportaje en la tele. Da pena ver a esa pobre gente trabajando allí en cadena todo el día. Cubiertos de sangre. Por un sueldo miserable. La verdad, los compadezco. Claro que, si uno quiere comerse un buen filete de vez en cuando... Yo digo que los mataderos son como los hospitales. Habría que considerarlos un servicio público. Esa gente está muy mal pagada. Ya no se encuentra a nadie que quiera trabajar en un matadero... Con el paro que hay en Francia. ¿Usted trabajaría en un matadero, aunque estuviera bien pagado?

Hombre – Lo que intento explicarle, querida señora, es que vamos a morir todos...

Mujer – ¡En eso estoy completamente de acuerdo! Es lo que le digo siempre a mi madre. Mi madre tiene noventa y dos años. Todos vamos a morir, así que, bueno, de esto o de otra cosa. No merece la pena privarse de nada. Porque a mi madre, como le quiten su paquete de puritos de todos los días y su copita de ron después de cada comida... Yo creo que eso sí que acabaría con ella. ¿Usted fuma?

Hombre – No.

Mujer – Hace bien. Tampoco bebe, supongo.

Hombre – Tampoco.

Mujer – En su residencia la llaman Fidel.

Hombre – ¿Fiel?

Mujer – ¡Como Fidel Castro! Por los puros y el ron. Y quizá un poco por la barba también... ¿Usted tiene madre?

Hombre – No.

Mujer – Todo el mundo tiene una madre, ¿no?

Hombre – La mía murió la semana pasada de un virus informático.

Mujer – ¿Un virus informático?

Hombre – Un virus que mutó desde un ordenador australiano para adaptarse al avestruz y luego se transmitió al ser humano. Sobre todo a los que ya tenían tendencia a hacer como el avestruz.

Mujer – Ya veo. Así que era por eso... Ya me parecía que no tenía muy buena cara.

Hombre – Estoy derrumbado.

Mujer – Lo siento de verdad. Si puedo hacer algo por usted... Pero de momento voy a tener que dejarlo. Tengo que ir a darle de comer a mi gato. Porque él también, si no tiene su ración de carne picada todos los días... En fin, ¡que tenga un buen día!

Hombre – Igualmente, querida señora.

9. Ucronía

Un hombre y una mujer están sentados uno al lado del otro. Él mira distraídamente el móvil. Ella lee un libro muy concentrada. Pasa la última página, deja el libro a un lado, pensativa, y permanece un instante absorta.

Mujer – ¿Sabías que Cristóbal Colón nunca supo que había descubierto América?

Hombre – ¿Cómo que no...?

Mujer – Hasta el día de su muerte, catorce años después de pisar América y tras cuatro viajes allí, seguía sin entender que se trataba de un continente nuevo. Creía que solo había descubierto una nueva ruta marítima para llegar a las Indias...

Hombre – Ah, sí...

Silencio.

Mujer – Es una locura, si lo piensas...

Hombre – ¿Pensar qué?

Mujer – Cómo sería el mundo hoy si Cristóbal Colón no hubiera descubierto América...

Hombre – ¿Qué?

Mujer – Imagínate... La reina de España se niega a financiar esa expedición arriesgada, igual que antes se habían negado el rey de Portugal y el de Inglaterra.

Hombre – Ya...

Mujer – O simplemente naufraga.

Hombre – ¿Y entonces...?

Mujer – ¡Entonces no descubre América! Y seguimos sin saber nada los unos de los otros hasta hoy: los amerindios a un lado del Atlántico y los europeos al otro.

Hombre – Eh... ya.

Mujer – ¿Pero te das cuenta de las consecuencias?

Hombre – ¿Qué consecuencias?

Mujer – Yo qué sé... No habría Coca-Cola en la nevera, ni series americanas en la tele, ni un McDonald's en la esquina...

Hombre – Ah, sí...

Mujer – Y al otro lado, lo mismo. Las civilizaciones precolombinas siguen prosperando. La isla de Manhattan está llena de pirámides en vez de rascacielos.

Hombre – ¿Las pirámides no estaban más bien en México?

Mujer – Bueno... de tipis, si lo prefieres.

Hombre – Ya, pero si Colón no hubiera descubierto América en 1492, otro lo habría hecho un poco más tarde, ¿no?

Mujer – Quizá mucho más tarde. Mientras tanto, los pueblos indígenas de América también entran en la modernidad. Empiezan a construir barcos y... esto no ha acabado...

Hombre – ¿Qué?

Mujer – Son ellos los que cruzan el Atlántico y descubren Europa. Son ellos los que nos colonizan. Exterminan a buena parte de la población y encierran al resto en reservas...

Hombre – Vaya...

Mujer – El presidente de la República es azteca, el primer ministro es inca y los ministros son mayas. El idioma oficial de Francia es el quechua.

Hombre – Oye, pues sabes un montón del tema.

Mujer – Acabo de leer un libro sobre eso... ¿Te imaginas en qué situación estaríamos?

Hombre – Lo intento...

Momento de intensa reflexión.

Mujer – Y con los africanos pasa lo mismo...

Hombre – ¿Los africanos?

Mujer – Imagínate que se hubieran desarrollado un poco más deprisa que nosotros. No habría esclavitud. O mejor dicho, los esclavos seríamos nosotros. Ellos vendrían a colonizarnos. El presidente sería negro. La mitad de sus ministros, magrebíes. Y lo mismo con la policía. Nosotros viviríamos en viviendas sociales de las afueras, y serían ellos quienes nos pedirían la documentación en cada esquina solo porque tenemos la piel demasiado blanca.

Ella parece bastante exaltada. Él la mira con cierta preocupación.

Hombre – ¿Estás segura de que estás bien...?

Ella parece volver a la realidad e intenta recomponerse.

Mujer – Tienes razón. No sé qué me ha dado.

Hombre – Mejor volvemos a poner la tele...

Mujer – Sí, será mejor.

Él le sonríe para tranquilizarla. Coge un mando a distancia, lo apunta hacia la sala y pulsa un botón.

10. Fantasía

Un hombre y una mujer dormitan uno al lado del otro en lo que acabará revelándose como asientos de avión. El hombre va despertándose poco a poco. Se estira, bosteza y mira a su alrededor de manera distraída, hasta que algo lo sorprende. Mira con más atención y su sorpresa se convierte en inquietud. Se asoma por la ventanilla, lo que no lo tranquiliza en absoluto. Clava la mirada en la pasajera que duerme a su lado y ronca. No sabe muy bien qué hacer. Le da discretamente un codazo y ella también va saliendo poco a poco del sueño. Al abrir los ojos, se da cuenta de que su vecino la mira fijamente, lo que naturalmente la incomoda.

Hombre – ¿Está bien?

Mujer – Eh... sí.

Hombre – ¿Está dormida?

Mujer – Sí... Bueno, lo intento...

Hombre – Entonces ahora está despierta. En eso estamos de acuerdo.

Mujer – ¿Pero por qué me pregunta eso?

Hombre – Porque yo me estoy preguntando si estoy soñando. Aunque esto sería más bien una pesadilla. Así que si usted no está dormida, significa que yo tampoco...

Mujer – ¿Qué le pasa?

Hombre – ¿Que qué me pasa? Mire a su alrededor...

Ella, todavía medio dormida, mira a su alrededor.

Mujer – ¿Qué? ¿Qué ocurre?

Hombre – ¿Que qué ocurre? Cuando me quedé dormido, este avión estaba lleno. No había ni un asiento libre. Me despierto y solo quedamos nosotros...

Ella vuelve a mirar alrededor.

Mujer – Tiene razón.

Hombre – No lo entiendo...

Mujer – Debemos de haber dormido más de lo que pensábamos... A lo mejor ya hemos llegado. Como estábamos dormidos, se nos olvidó bajar. Y las azafatas no se atrevieron a despertarnos.

Hombre – Sí, eso es lo primero que pensé, pero mire por la ventanilla.

Ella mira.

Mujer (*incrédula*) – No...

Hombre – ¡Seguimos volando!

Mujer – ¿Cree que el avión podría haber despegado otra vez hacia otro destino sin que nadie se acordara de despertarnos?

Hombre – ¿Despegar otra vez? ¿Vacío?

Mujer – Es verdad, no tiene sentido...

Hombre – No. Eso es precisamente lo que me preocupa.

Mujer – Bueno, a veces los aviones vuelan sin pasajeros. Si uno se avería, por ejemplo, mandan otro para recoger a los pasajeros que se han quedado tirados.

Hombre – Esto no es un vagón de metro con dos pasajeros que se olvidaron de bajar en la última parada. Estamos en un avión. Como mínimo lo limpiarán un poco antes de volver a despegar, ¿no? Nos habrían visto.

Mujer – Es verdad... Todo esto es muy raro... Entonces, ¿qué hacemos?

Hombre – Voy a echar un vistazo.

Mujer – ¿Adónde?

Hombre – ¡A ver si encuentro a una azafata! Para preguntarle...

Se levanta. Ella está cada vez más inquieta.

Mujer – ¿Va a dejarme aquí sola?

Hombre – Tendré que comprobar si hay alguien detrás de la cortina...

Mujer – ¿La cortina?

Hombre – ¡La que separa la cabina de pasajeros de los baños y de la cabina de mando!

Mujer – Ah, sí... Bueno, lo espero aquí...

Hombre – Sí, eso no me preocupa demasiado... Aunque...

Mujer – ¿Qué?

Hombre – Ya han desaparecido más de trescientos pasajeros.

Mujer – Gracias, me deja mucho más tranquila...

Hombre – Voy.

Se dirige hacia la cortina del fondo, la levanta y desaparece detrás. Ella está cada vez más angustiada. Mira a su alrededor, presa del pánico. Saca una pastilla del bolso y se la traga. Luego toma otra. El hombre regresa.

Mujer – Bueno, ¿qué le ha dicho?

Hombre – ¿Quién?

Mujer – La azafata.

Hombre – No hay nadie.

Mujer – ¿Nadie? ¿Cómo que nadie? Tiene que haber una azafata.

Hombre – No hay ni azafata ni azafato. Nadie.

Momento de estupor.

Mujer – Si el avión vuela vacío, no necesitan a toda la tripulación. A lo mejor solo están a bordo el piloto y el copiloto.

Hombre – Sí, eso también lo pensé...

Mujer – ¿Y...?

Hombre – La puerta de la cabina de mando estaba entreabierta. Llamé y, como nadie contestaba, entré...

Mujer – ¿Y...?

Hombre – ¿De verdad quiere saberlo?

Mujer – Si es lo que estoy pensando, tarde o temprano acabaré enterándome.

Hombre – Tampoco hay nadie en la cabina de mando.

Otro momento de estupor.

Mujer – Tiene razón. Esto tiene que ser una pesadilla... Vamos a despertarnos y...

Hombre – Ya me he pellizcado tres veces...

Mujer – No será una broma, ¿verdad?

Hombre – ¿Una broma?

Mujer – Una cámara oculta o algo así...

Hombre – Si es una cámara oculta, está muy bien oculta. Y la tripulación también. En un avión tampoco hay tantos sitios donde esconderse.

Mujer – Dios mío, entonces... ¿hemos entrado en *La dimensión desconocida*?

Hombre – Me gustaría poder tranquilizarla, pero por desgracia... no tengo ni idea de lo que nos está pasando... A menos que estemos muertos.

Mujer – ¿Perdón?

Hombre – El avión se estrelló mientras dormíamos y ya estamos en el más allá.

Mujer – Muy bien... O sea que no se le ha ocurrido nada mejor para tranquilizarme que decirme que quizá ya estamos muertos...

Hombre – Estoy tan preocupado como usted, créame.

Mujer – Por otro lado, es verdad. Si ya estamos muertos, al menos no podemos volver a morir.

Hombre – ¿Usted cree que, cuando uno muere, acaba solo en un avión sin piloto y sin destino conocido? Y lo único que sabe con certeza es que va a estrellarse cuando se acabe todo el combustible...

Mujer – En ese caso se parecería bastante a la vida, ¿no?

Hombre – Además, no estamos completamente solos. Somos dos.

Mujer – ¿Pero qué demonios ha podido pasar? No pueden haber saltado todos en paracaídas.

Hombre – ¿Y por qué iban a hacerlo?

Mujer – ¿Está completamente seguro de que no hay nadie?

Hombre – Vaya a comprobarlo si quiere, pero no se hacen desaparecer trescientos pasajeros y toda una tripulación así como así.

Mujer – Entonces, ¿qué hacemos?

Hombre – ¿Qué quiere que hagamos? ¿Sabe pilotar un Airbus?

Mujer – Si apenas sé conducir mi Twingo.

Hombre – Aparte de esperar a que se nos acabe el combustible...

Mujer – ¿Cuánto tiempo cree que nos queda?

Hombre – Llevamos ya bastante tiempo de vuelo. Y este no es un vuelo de largo recorrido. Yo diría que una hora como máximo.

Silencio tenso.

Mujer – No sé muy bien cómo decirle esto, pero...

Hombre – ¿Sí?

Mujer – No, de verdad, es un poco embarazoso...

Hombre – Dígalo. Sobre todo si está pensando lo mismo que yo...

Mujer – Me están entrando ganas de...

Hombre – A mí también... (*Momento de incomodidad.*) Pero cuando dice... ¿quiere decir conmigo, quizá?

Mujer – No tengo muchas más opciones, ¿no...? Y además siempre he soñado con hacerlo con un desconocido en el baño de un avión.

Hombre – Bueno, lo del baño... tampoco es imprescindible. Somos los únicos en este avión.

Mujer – Sí, pero en mi sueño pasa en el baño de un avión.

Hombre – ¿Su sueño? ¿Cree que estamos soñando?

Mujer – Usted no lo sé, pero yo... La verdad es que tengo este sueño muy a menudo.

Hombre – Pues, por si acaso... ahora o nunca, ¿no?

Mujer – Entonces, ¿vamos?

Hombre – Vamos.

Los dos se levantan.

Mujer – Ya verá como nos despertamos...

Hombre – ¿Por qué dice eso?

Mujer – En mi sueño, cuando llego a la puerta del baño, está cerrada... Y justo entonces me despierto.

Hombre – Solo queda esperar que esta vez esté abierta.

Mujer – ¿Lo ha comprobado?

Hombre – ¿El qué?

Mujer – Antes fue a ver si había alguien al otro lado de la cortina. ¿Comprobó el baño?

Hombre – No... ¿Cree que los trescientos pasajeros y toda la tripulación pueden estar escondidos ahí dentro?

Mujer – Ya no sé qué pensar... Pero reconozca que si la puerta estuviera cerrada por dentro... tampoco sería muy tranquilizador.

Hombre – A menos que sea el piloto...

Mujer – Y quizá una azafata con él...

Hombre – No tenemos elección. Hay que ir a mirar...

Desaparecen detrás de la cortina del fondo.

Luz.

La misma situación que al principio. El hombre se despierta, algo desorientado, pero sin dejarse llevar por el pánico. Ella se despierta a su vez.

Mujer – ¿Estás bien?

Hombre – Sí.

Mujer – Creo que nos hemos quedado dormidos delante de la tele. ¿Qué estábamos viendo?

Hombre – No me acuerdo... Una película. Transcurría en un avión.

Mujer – He tenido un sueño muy raro.

Hombre – Sí, yo también.

Mujer – Era muy angustioso y al mismo tiempo...

Hombre – ¿Y...?

Mujer – Será mejor que nos vayamos a la cama, ¿no?

Hombre – ¿Me contarás tu sueño?

Mujer – Sí...

Salen.

Para terminar

Un hombre y una mujer están sentados en lo que acabará revelándose como butacas de teatro. A elección de la dirección, los dos intérpretes también pueden estar sentados entre el público. La mujer dormita. El hombre la zarandea suavemente para despertarla.

Hombre – Despierta, la función ha terminado. La gente empieza a marcharse. Si no queremos llamar la atención...

La mujer va volviendo poco a poco en sí.

Mujer – Lo siento muchísimo. ¿Me he quedado dormida?

Hombre – Te daba algún codazo cuando empezabas a roncar, pero dormías tan profundamente... No me he atrevido a despertarte.

Mujer – ¿Entonces no he visto nada de la obra?

Hombre – No sé si te has perdido gran cosa. Creo que yo también he dado alguna cabezada de vez en cuando...

Mujer – Qué curioso. He tenido unos sueños muy raros.

Hombre – ¿Qué sueños?

Mujer – Ya no me acuerdo... Historias divertidas... No pensaba que se pudiera soñar tanto en tan poco tiempo. ¿Cuánto duraba la obra? ¿Una hora?

Hombre – Una hora, en tiempo real. Pero a mí me ha parecido una eternidad...

Mujer – Mis sueños eran un auténtico delirio... El inspector Colombo y Einstein llegaban al cielo. Dos policías investigaban la muerte de Van Gogh...

Hombre – Es una pena que no te acuerdes. Podrías haber hecho con todo eso una comedia de sketches.

Mujer – A lo mejor me vuelve a la memoria...

Hombre – Pero ahora tenemos que irnos... La gente empieza a mirarnos raro...

Mujer – En cualquier caso, gracias. Me lo he pasado muy bien.

Hombre – Me alegro de que te haya gustado.

Mujer – Sí. Deberíamos ir al teatro más a menudo...

Se levantan para salir.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise (Francia), Jean-Pierre Martinez fue primero batería de varios grupos de rock antes de convertirse en semiólogo en el ámbito de la publicidad. Más tarde inició una carrera como guionista de televisión, antes de dedicarse al teatro y a la escritura dramática. Ha escrito cerca de un centenar de guiones para televisión y más de 120 obras de teatro, algunas de las cuales ya se han convertido en clásicos (*13 y Martes*, *Strip Poker*). Es uno de los dramaturgos contemporáneos más representados en Francia y en otros países francófonos. Varias de sus obras también están disponibles en español y en inglés, y se representan regularmente en Estados Unidos y América Latina.

Las compañías de teatro amateur y profesionales que busquen obras para representar pueden descargar gratuitamente las obras de Jean-Pierre Martinez en sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/es/obras/>

<https://comediatheque.net/traductions/obras-en-espanol/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una justa compensación por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, es obligatorio solicitar autorización para representar la obra y abonar los correspondientes derechos de autor por la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores francesa (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>

<https://comediatheque.net/formulario-de-contacto/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil El Joker
El Último Cartucho
Ella y El Encuentro en el andén
EuroStar La Corda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho Ni siquiera
muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias Un
pequeño paso para una mujer, un salto hacia
atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún critico en la sala?
Las Pirámides
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7o más

A corazón abierto
Bar Manolo Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansa a la fieras
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de Parque
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez están disponibles
para su descarga gratuita en sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/es/obras/>

<https://comediatheque.net/traductions/obras-en-espanol/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Septiembre de 2026

ISBN 978-2-38602-468-9

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.